

PQ 7297  
R46  
D65

Esta obra es propiedad del editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima sin su permiso.



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



LIBRO I.

AUSTRIACAS Y NITARDINAS.

I.

Conoce el lector al hombre mas poderoso, y al mismo tiempo al mas desvalido, de la corte de España. en el año de gracia, de 1668.



ANTES de llegar con nuestra historia á México, necesitamos llevar á España á nuestros lectores, á fin de que conozcan mejor á los personajes que deben presentarse despues en la colonia. Suponemos que el viaje no los fatigará porque ya hemos llegado.

En el año de 1665, por el mes de Setiembre, entregó el alma al Criador, el célebre rey Felipe IV de España, llamado por sus contemporáneos *el Grande*, y dejó por heredero de su reino y estensa monarquía, á su hijo, no menos célebre, aunque por diversas causas, el tímido y fánatico

Cárlos II, conocido en la historia con el sobrenombre, de *el Hechizado*.

Pero D. Cárlos el II era un niño, cuando acaeció la muerte de su padre, y este nombró para rejenta del reino, y tutora de su hijo, á la reina D<sup>a</sup> María Ana de Austria, su esposa, hija del Emperador de Alemania Fernando III.

Así pues, da principio nuestra historia durante el gobierno de Su Majestad la reina gobernadora D<sup>a</sup> María Ana de Austria en el año de 1668.

Era una mañana de invierno, por demás fria y nublada, un vientecillo delgado y molesto recorria las calles de Madrid, sin dignarse siquiera golpear las puertas ó levantar el polvo de las calles, y todos los transeuntes procuraban evitar sus caricias, cubriéndose cuidadosamente el rostro con el embozo de sus capas.

Un jóven esbelto, de grandes y negros ojos, de fino y atusado bigote, pobrementemente vestido, pero que tenia el garboso continente de un gran señor, caminaba apresuradamente hácia palacio, sin cuidarse del frio ni del viento y no llevando por toda precaucion mas que una capa corta y poco abrigadora.

Cerca ya de la puerta de palacio se encontró con otro jóven que traia la direccion opuesta, y que por lo que descubrirse podia de su traje, formaba parte de la servidumbre de la reina.

—Dios te guarde, Valenzuela—dijo este.

—Buenos dias.—Benavides.—contestó el otro.

—Lijero vas—agregó el primero—¿por ventura no tienes frio?

—Por desventura—contestó Valenzuela—lo que no tengo es capa, que frio me sobra mas de lo que yo deseara.

—Decidor y alegre eres en la desgracia, como en la fortuna.

—Engañaome á mí mismo y á la suerte, que ni yo quiero tenerme por infeliz, ni dar á la fortuna el gusto de que crea que sus golpes turban mi natural jovialidad.

—Al fin poeta.

—O pobre, que allá se va todo.

—¿Y á dónde bueno?

—A palacio.

—¿Y á buscar aventuras? Téname que malas te las encuentres.

—Cánsame ya la vida que llevo y prefiero desvanecer mis ilusiones, para volverme á mi tierra, si pierdo la esperanza.

—Mucho te urge la pobreza.

—Y tanto que ayer no tuve ni un maravedí, y es seguro que hoy tendré lo mismo.

—¿Si quisieras entrar al servicio de S. M?

—¿Y en qué clase?

—Quizá te ofendas, pero solo podria conseguirte un destino de palafrenero.

—Benavides, tú olvidas que tengo la cruz de Santiago; yo seré y quizá muy pronto, caballero-mayor.

—¿Es decir, sustituyendo al Marqués-de Castel-Rodrigo?

—Sí—contestó gravemente Valenzuela—eso precisamente.

Benavides, soltó una ruidosa carcajada que no inquietó en lo mas mínimo á Valenzuela.

—Vamos—esclamó—Benavides—todos vosotros los poetas sois iguales, soñais en tesoros cuando no poseis ni un cuarto y os fabricais, en vuestras fantasias palacios y reinos, que se deshacen como el humo á la hora en que sentís el hambre ó el frio.

—Búrlate cuanto quieras, pero lo que te digo sucederá ¿conoces á Hermiges?

—Sí, el astrólogo ejipecio ó judío. . . .

—Ese mismo, anoche me ha dicho mi horóscopo. . . .

—Y bien. . . .

—Seré grande.

—¿Cómo?

—No me esplicó.

—Dios lo haga; que te quiero bien, y ya lo sabes.

—Por ahora, soy el hombre mas desvalido de toda la corte; nadie me conoce, nadie me protege, nadie me ayuda.

—¿Eso no se entiende conmigo?

—No, Benavides, si tú fueras poderoso, sé que nada me faltaria, pero téngome creído que tu posision no es ni mediana.

—Tú lo has dicho.

—En fin, voime á probar fortuna.

—¿Pero cuál es tu plan?

—Hasta ahora no tengo ninguno, voy á entrarme á palacio, y ahí veremos lo que sucede,—tengo fé.

—Siempre poeta: adios.

—Adios, Benavides.

Los dos jóvenes se estrecharon la mano; Benavides siguió su camino, y Valenzuela entró resueltamente al palacio.

Aunque el refran dice; que *el hábito no hace al monje*, este refran, en el sentido figurado en que se toma, es una de esas mil mentiras, que á fuerza de ser repetidas, han llegado á contarse entre los evangelios populares.

Valenzuela, con su cruz de Santiago, y su garboso continente, penetró en el palacio de Su Majestad, como podia

haberlo hecho el mismo marqués de Castel Rodrigo, de quien acababa de hablar.

Multitud de nobles y caballeros, invadian los tránsitos y los salones. Aun conservaba la corte aquel aire de grandeza, que supo imprimirle el jénio de Felipe IV, y no asomaban aun los dias en que Cárlos II debia convertirla en un claustro, ó en que Felipe V tendria que empeñar sus alhajas para comer.

Valenzuela, se escurrió por decirlo así, entre todos aquellos grandes señores, sin que nadie fijara en él su atencion, y llegó hasta donde ya no era lícito seguir mas adelante.

Allí, se conversaba á media voz; pero Valenzuela lo oia todo, y conocia á varios de los interlocutores.

—Eran el conde de Peñaranda, el marqués de Aytona, y el conde de Castrillo.

Los tres parecian haberse detenido allí casualmente porque estaban de pié, en medio del salon, y además, como consejeros de la reina, no era probable que se les hubiera detenido en la antesala. La conversacion que sostenian era muy animada.

—Tales cosas estamos viendo,—decia el de Aytona—que á no verlas, pensara que tales como son no pasaban.

—Y sin embargo, señor marqués—contestó el de Peñaranda,—por mengua nuestra suceden.

—¿Y no seria posible encontrar un remedio?—preguntó el marqués.

—Parece imposible—contestó el conde Castrillo—el padre Nitardo cuenta con la voluntad de la reina, y ya lo habeis visto, á pesar de toda nuestra resistencia, ha obligado S. M. al arzobispo de Toledo, D. Pascual de Aragon, á renunciar el empleo de inquisidor jeneral, y ha llegado el

caso de dar hasta carta de naturalizacion al padre Nitardo para que no se le pusiesen dificultades.

—Ciertamente de otra manera no hubiera sido justo, el padre Nitardo, ha nacido en Alemania, y solo un español puede ser inquisidor jeneral.

—Pero es lo peor—dijo el de Peñaranda—que conforme á las disposiciones testamentarias de Su Majestad, (que de Dios goce) el rey D. Felipe, la reina no debe hacer nada sin oir nuestros consejos, y sin embargo, ha venido sin consultarnos, á proveer destino de tanta categoría en un extranjero, que mas mérito para ello no tiene que haber sido siempre el confesor de Su Majestad.

—Preciso se hace ya—replicó el de Aytona—tomar para todo sérias providencias, que el reino se pierde, y aun falta tiempo para que el rey cumpla la edad y entre en posesion de la corona.

—El Sr. D. Juan de Austria—dijo el de Castrillo—está por demás indignado, que mal verá la ruina de la monarquía de su augusto padre, quien con tan esclarecidas hazañas ha inmortalizado su nombre en Italia, señalándose como gran general, español ilustre y dignísimo hijo del gran Felipe IV.

—El Sr. D. Juan de Austria—agregó sentenciosamente el de Peñaranda—sabe lo que hace, y no duda que pronto nos dará el remedio.

—Hombre es D. Juan para eso y mucho mas, que tan sabio se ha mostrado en los consejos del señor su padre D. Felipe IV, como esforzado en los campos de batalla.

Valenzuela, de quien aquellos personajes, hacian muy poco aprecio, escuchaba espantado aquella conversacion: nunca hubiera creido que en palacio mismo, y tan cerca de la

reina, se murmurase, con tal descaro, y quién sabe cuántas cosas mas hubiera oido, pero de repente, la puerta que daba entrada á la antecámara real, se abrió y los consejeros enmudecieron, á la vista de un hombre que por allí salia.

El recién llegado era un eclesiástico, vestido con tal severidad, que nada podia tachar de profano en su traje el cristiano mas escrupuloso, su cabello rubio estaba ya casi enteramente cano, habia en su rostro algo de la inmovilidad de un busto de mármol, y su andar, firme y lento, de jaba adivinar al hombre de voluntad enérgica.

—El padre Nitardo—dijo en voz baja el de Peñaranda, y los consejeros, por el disgusto de verlo, ó por el temor de haber sido escuchados, cambiaron de color.

El padre Nitardo, pasó sin detenerse al lado de aquellos nobles, haciéndoles un frio saludo, al que contestaron ellos con una ceremoniosa inclinacion de cabeza.

Valenzuela, lo miró salir y sin vacilar un momento lo siguió.

—Este es mi hombre—dijo entre sí—quizá logre hablarle, aunque me parece difícil, pues habrá cien que lo esperen en su camino para importunarlo. Ya veremos.

Pero contra lo que Valenzuela esperaba, el favorito de Doña María Ana de Austria, siguió su marcha solo, sin que nadie se atreviera á hablarle.

—Oh! aquí hay misterio—pensó Valenzuela—nadie le habla, ó este hombre esta próximo á caer en desgracia, ó es un ogro; pero á mí no me espanta su fiereza, ni temo su caída, que por mal que me vaya siempre saldré ganando.

El padre Nitardo se habia detenido delante de una puer-

tecilla que habia en uno de los corredores mas solos del palacio, sacó una llavecita, y la introdujo en la cerradura á tiempo que Valenzuela llegaba, quitándose con desembarazo el sombrero.

El padre al verle se detuvo, y no abrió la puerta; miró con altivez al jóven y le preguntó:

—¿Qué se os ofrece?

—Quisiera hablar á Su Excelencia.

—¿Y no sabeis que ni es este el lugar, ni esta la hora en que recibo á los que algun negocio tienen conmigo que tratar?

—Perdone V. E. pero el negocio es urgente.

El padre Nitardo clavó en Valenzuela una mirada tan profunda, que parecia que le estaba leyendo sus pensamientos.

El jóven sostuvo audazmente aquellas terribles miradas: no inclinó siquiera la cabeza.

—Y bien—hablad—dijo por fin el padre.

—Pues señor, llámome Fernando de Valenzuela, hidalgo natural de Ronda: criado fuí de mi señor el duque del Infantado á quien acompañé hasta Roma; mi señor el duque consiguíome la cruz de Santiago y quizá hubiera hecho mi fortuna si la muerte no me lo hubiera arrebatado; en paz descansen, que él se fué como buen cristiano á gozar de Dios nuestro señor, y yo quedéme en este valle de lágrimas, sin mas proteccion hasta este momento, que la de V. E., que estoy seguro de conseguir.

El padre Nitardo no perdía ni palabra ni movimiento de aquel mancebo, que así se atrevía á hablarle.

El semblante fresco y simpático, y el aire caballeroso y marcial del jóven debieron de impresionar favorable-

mente al jesuita porque una sonrisa vaga se dibujó en sus labios.

—¿Y por qué no habeis esperado para comunicarme vuestra historia á que llegue la hora en que acostumbro recibir, y venís á interrumpirme en mis distribuciones?

—E. S. *Venter non patitur dilacionen*—dijo sentenciosamente D. Fernando.

Entonces fué ya una verdadera sonrisa la que se pintó en el rostro del padre Nitardo: el jóven conoció que estaba de fortuna, y continuó:

—Soy, señor, el hombre mas desvalido de la corte; V. E. el mas poderoso, despues de Su Majestad, y puede hacerme feliz, á muy poca costa; quizá podré serle muy útil, mas adelante... quién sabe.

El padre cayó y miró atentamente al jóven durante algun tiempo, despues abriendo la puertecita que tenia delante, dijo á D. Fernando:

—Pasad.

El jóven haciendo una reverencia entró por delante: el jesuita le siguió, y cerró la puerta por dentro.